CAPÍTULO VIII.

En que Guzman de Alfarache refiere la historia de los dos enamorados Ozmin y Daraxa segun se la contaron.

Luego como acabaron de rezar, que fué muy breve espacio, cerraron sus breviarios, y metidos en las alforjas, siendo de los demás con gran atencion oido, comenzó el buen sacerdote la historia prometida en esta manera.

Estando los reyes Católicos don Fernando y doña Isabel sobre el cerco de Baza, fué tan peleado, que en mucho tiempo de él no se conoció ventaja en alguna de las partes; porque aunque la de los reyes era favorecida con el grande número de gente, la de los Moros (habiendo muchos) estaba fortalecida con la buena disposicion del sitio. La reina doña Isabel asistia en Jaen, previniendo á las cosas necesarias, y el rey don Fernando acudia personalmente á las del ejército. Teníale dividido en dos partes: en la una plantada la artillería, y encomendada á los marqueses de Cádiz y Aguilar, á Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma, y á los comendadores de Alcántara y Calatrava, con otros capitanes y soldados: en la otra estaba su alojamiento, con los demás caballeros y gente de su ejército, teniendo la ciudad en medio cercada; y si por ella pudieran atravesar, habia como distancia de media legua del un real al otro; mas por serle impedido el paso, rodeaban otra media por la sierra, y así distaban una legua; y porque con dificultad podian socorrerse, acordaron hacer ciertas cavas y castillos, que el rey por su persona muy á menudo visitaba: y aunque los Moros procuraban impedir que no se hiciesen, los cristianos los apoyaban defendiéndolo valerosamente, sobre que cada dia no pasó alguno sin que dos ó mas veces escaramuzasen, habiendo de todas partes muchos heridos y muertos; pero porque la obra no cesase (siendo tan importante), siempre con los que en ella trabajaban asistian de guarda noche y dia las compañías necesarias. Aconteció que estando de guarda don Rodrigo y don Hurtado de Mendoza, adelantado de Cazorla, y don Sancho de Castilla, les mandó el rey no la dejasen hasta que los condes de Cabra y Ureña y el marqués de Astorga entrasen con la suya para cierto efecto. Los Moros, que (como dije) siempre se desvelan procurando estorbar la obra, subieron como hasta tres mil peones y cuatrocientos caballos por lo alto de la sierra contra don Rodrigo de Mendoza. El adelantado y don Sancho comenzaron con ellos la pelea, y estando trabada socorrieron á los Moros otros muchos de la ciudad. El rey don

Fernando que lo vió, hallándose presente, mandó al conde de Tendilla que por otra parte les acometiese, en que se trabó una muy sangrienta batalla para todos. Viendo el rey al conde apretado y herido, mandó al maestre de Santiago acometer por una parte, y al marqués de Cádiz y duque de Nágera, y á los comendadores de Calatrava y á Francisco de Bobadilla, que con sus gentes acometiesen por donde estaba la artillería. Los Moros sacaron contra ellos otra tercera escuadra, y pelearon valentísimamente así ellos como los cristianos: y hallándose el rey en esta refriega, visto por los del real, se armaron á mucha priesa, yendo todos en su ayuda. Tanto fué el número de los que acudieron, que no pudiendo resistirse los Moros, dieron á huir, y los cristianos en su alcance, haciendo gran estrago, hasta meterlos por los arrabales de la ciudad, adonde muchos de los soldados entraron y saquearon grandes riquezas, cautivando algunas cabezas, entre las cuales fué Daraxa, doncella mora, única hija del alcaide de aquella fortaleza. Era la suya una de las mas perfectas y peregrina hermosura que en otra se habia visto: seria de edad hasta diez y siete años no cumplidos; y siendo en el grado que tengo referido, la ponia en mucho mayor su discrecion, gravedad y gracia. Tan diestramente hablada castellano, que con dificultad se le conociera no ser cristiana vieja; pues entre las mas ladinas pudiera pasar por una de ellas. El rey la estimó en mucho, pareciéndole de gran precio. Luego la envió á la reina su mujer, que no la tuvo en menos, y recibiéndola alegremente, así por su merecimiento, como por ser principal descendiente de reyes, hija de un caballero tan honrado, como por ver si pudiera ser parte que le entregara la ciudad sin mas daños ni peleas. Procuró hacerle todo buen tratamiento, regalándola de la manera y con ventajas que á otras de las mas allegadas á su persona: y así, no como cautiva, antes como á deuda, la iba acariciando, con deseo que mujer semejante, y donde tanta hermosura de cuerpo estaba, no tuviera el alma fea. Estas razones eran para no dejarla punto de su lado, además del gusto que recibia en hablar con ella; porque la daba cuenta de toda la tierra por menor, como si fuera de mas edad, y varon muy prudente por quien todo hubiera pasado: y aunque los reyes vinieron despues á juntarse en Baza (rendida la ciudad con ciertas condiciones), nunca la reina quiso deshacerse de Daraxa por la gran aficion que la tenia, prometiendo al alcaide su padre hacerle por ella particulares mercedes. Mucho sintió su ausencia, mas dióle alivio entender el amor que los reyes la tenian, de donde les habia de resultar honra y bienes, y así no replicó palabra en ello. Siempre la reina la tuvo consigo, y llevó á la ciudad de Sevilla, donde con el deseo que fuese cristiana, para disponerla poco á poco sin violencia, con apacibles medios, la dijo un dia: Ya entenderás, Daraxa, lo que deseo tus cosas y gusto: en parte

de pago de ello te quiero pedir una cosa en mi servicio, que trueques esos vestidos á los que te daré de mi persona, para gozar de lo que en el hábito nuestro se aventaja tu hermosura. Daraxa la respondió : Haré con entera voluntad lo que tu alteza me manda; porque habiéndote obedecido, si hay algo en mí de alguna consideracion, de hoy mas estimaré por bueno, y lo será sin duda, que me lo darán tus atavíos, y suplirán mis faltas. Todo lo tienes de cosecha (le replicó la reina), y estimo ese servicio y voluntad con que la ofreces. Daraxa se vistió á la castellana, residiendo en palacio por algunos dias, hasta que de allí partieron á poner cerco sobre Granada; que así por los trabajos de la guerra, como para irla saboreando en las cosas de nuestra fe, la pareció á la reina seria bien dejarla en casa de don Luis de Padilla (caballero principal, muy gran privado suyo), donde se entretuviese con doña Elvira de Guzman, su hija, doncella, á quienes encargaron el cuidado de su regalo; y aunque allí lo recibia, mucho sintió verse lejos de su tierra, y otras causas que la daban mayor pena, mas no las descubrió, antes bien con sereno rostro, el semblante alegre, mostró que en ser aquel gusto de su alteza, lo estimaba en merced, y recibia por suyo.

Esta doncella tenian sus padres desposada con un caballero moro de Granada, cuyo nombre era Ozmin : sus calidades muy conformes á las de Daraxa : mancebo rico, galan, discreto, y sobre todo valiente y animoso, y cada una de estas partes dispuesta á recibir un muy, y le era muy debido. Tan diestro estaba en la lengua española, como si en el riñon de Castilla se criara, y hubiera nacido en ella : cosa digna de alabanza de mozos virtuosos, y gloria de padres que en varias lenguas y nobles ejercicios ocupan sus hijos. Amaba su esposa tiernamente, de modo idolatraba en ella, que si se le permitiera en altares pusiera sus estátuas. En ella ocupaba su memoria, por ella desvelaba sus sentidos, de ella era su voluntad, y su esposa (reconocida) nada le quedaba en deuda. Era el amor igual, como las mas cosas en ellos, y sobre todo un honestísimo trato en que se conservaban. La dulzura de razones que se escribian, los amorosos recados que se enviaban no se pueden encarecer : habíanse visto y visitado, pero no tratado sus amores á boca. Los ojos, parleros muchas veces, que nunca perdieron ocasion de hablarse, porque los dos, de muchos años antes, y no muchos, pues ambos tenian pocos; mas para bien hablar, desde su niñez se amaban, y las visitas eran á deseo. Enlazóse la verdadera amistad en los padres, y amor en los hijos con tan estrechos nudos, que (de conformidad) todos desearon volverlo en parentesco, y con este casamiento tuvo efecto; pero en hora desgraciada y rigor de planeta, que apenas acabó de concluirse, cuando Baza fué cercada. Con esta revuelta y alborotos lo dilataron, aguardando juntarlos con mas comodidad y alegría, para

solemnizar con juegos y fiestas lo que aquella pedia, y casamiento de tan calificada gente. Daraxa, ya dije quien era su padre : su madre fué sobrina, hija de hermana de Boabdelin, rey de aquella ciudad, que habia tratado el casamiento. Y Ozmin, primo hermano de Mahomet, rey (que llamaron Chiquito) de Granada. Pues como sucediese al revés de sus deseos, mostrándose á todos la fortuna contraria, estando Daraxa en poder de los reyes, y habiéndola dejado en Sevilla, luego que su esposo lo supo, las exclamaciones que hizo, lástimas que dijo, suspiros que daba, efectos de tristeza que mostró, á todos se extendia, y ninguno salia con pequeña parte; mas como el daño fuese tan solo suyo, y la pérdida tan de su alma, tanto creció el dolor en ella, que brevemente le cupo parte al cuerpo, adoleciendo de una enfermedad tan dificultosa de curar, cuanto lejos de ser conocida, y los remedios distantes. Crecian los efectos con indicios mortales; porque la causa crecia sin ser á propósito las medicinas, y lo peor que el mal no se entendia, siendo lo mas esencial de su reparo. Así de su salud los afligidos padres ya tenian rendida la esperanza; los médicos la negaban, confirmándose con los accidentes : todos en esta pena, y el enfermo casi en la última, se le representó una imaginacion de que le pareció sacar algun fruto, y aunque con riesgo, mas puesto en parangon del que tenia no podia ser otro mayor. Y con las ansias de la ejecucion, procurando alcanzar ver á su querida esposa, cobró aliento y algun esfuerzo, resistiendo animosamente las cosas que podian dañarle : despidió las tristezas y melancolías; pensaba solamente cómo tener salud : con esto vino á cobrar mejoría, á desesperacion de todos los que le vieron llegar á tal punto. Dicen bien, que el deseo vence al miedo, tropella inconvenientes y allana dificultades. Y la alegría en el enfermo es el mejor jarabe y cordial, y así es bien procurársela; y cuando alegre lo vieres, cuéntalo por sano. Luego comenzó á convalecer, y apenas podia tenerse sobre sí, cuando previniéndose (para guia) de un Moro que á los reyes de Granada sirvió mucho tiempo de espia, y de joyas y dineros para el viaje, en un buen caballo morcillo, un arcabuz en el arzon de la silla, su espada y daga ceñida (en traje andaluz), salieron de la ciudad una noche, atrochando por fuera de camino, como los que sabian bien la tierra. Pasaron á vista del real, y habiéndole dejado bien atrás, por sendas y veredas iban á Loja, cuando cerca de la ciudad su avara suerte los encontró con un capitan de campaña, que andaba recogiendo la gente que del ejército huia desamparando la milicia; pues como así los viese los prendió. Fingió el Moro tener pasaporte, buscándole, ya en el seno, ya en la faltriquera y otras partes, y como no le hallase, y los viese descaminados (tomando mala sospecha), los prendió para volverlos al real. Ozmin (sin alterarse alguna cosa, con libres palabras) aprovechándose del nombre del

010273

caballero en cuyo poder estaba su esposa, fingió ser hijo suyo, llamándose don Rodrigo de Padilla, y haber venido á traer un recado á los reyes de parte de su padre, y cosas de Daraxa; y por haber adolecido se volvia. Otro sí, le afirmó haber perdido el pasaporte y el camino, y que para tornar á él habian tomado aquella senda. Nada le aprovechaba, pues todavía insistia queriéndolos volver, y no le entendian, que ni á él se le diera una tarja que se fueran ó volvieran. Solo fué su pretension, que un caballero tal como representaba, le quebrara los ojos con algunos doblones, que no hay firma de general que iguale al sello real: y no tanto mas, cuanto en mas noble metal estuviere estampado. Para los maltrapillos y soldados de tornillo tienen dientes, y en ellos muestran su poder ejecutando las órdenes; que no en quien pueden sacar algun provecho, que eso buscan. Ozmin, sospechando en lo que tantas bravatas habian de parar, volvió á decirle: No entienda, señor capitan, que me diera pena volver atrás otra vez, ni diez, ni reiterar el camino lo estimara en algo, si salud como ve no me faltara; mas pues consta la necesidad que llevo, suplícole no reciba vejacion semejante por el riesgo de mi vida. Y sacando del dedo una rica sortija la puso en su mano, que fué como si echaran vinagre al fuego, que luego le dijo: Señor, vuesa merced vaya en buen hora, que bien se deja entender de hombre tan principal, que no se va con la paga del rey, ni desampara á su campo menos que con la ocasion que tiene; é iréle acompañando hasta Loja, donde le daré recado para que con seguridad pueda pasar adelante. Así lo hizo, quedando muy amigos, y habiendo reposado se despidieron, tomando cada uno por su via.

Con estas y otras desgracias llegaron á Sevilla, donde por la relacion que traia supo la calle y casa donde Daraxa estaba. Dió algunas vueltas á diferentes horas y en diversos dias, mas nunca la pudo ver, que como no iba fuera ni á la iglesia, todo el tiempo se ocupaba en su labor, y recrearse con su amiga doña Elvira. Viendo pues Ozmin la dificultad que tenia su deseo, y la nota que daba, como en comun la dan en cualquier lugar los forasteros, deseando saber quiénes y de dónde son, qué buscan, y de qué viven, especialmente si pasean una calle, y miran con cuidado á las ventanas ó puertas: de allí nace la envidia, crece la murmuracion, sale de balde el odio aunque no haya interesados.

Algo de esto se comenzaba, y fué forzozo (evitando el escándalo) cesar por algunos dias: el criado hacia el oficio como persona de poca cuenta. Mas no descubriéndosele camino, solo se consolaba con que las noches (á deshora), pasando por su calle, abrazaba las paredes, besando las puertas y umbrales de la casa. En esta desesperacion vivió algun tiempo, hasta que por suerte llegó el que deseaba; que como su criado tuviese cuidado de dar algunas vueltas entre dia, vió que don Luis hacia reparar cierta pared sacándola de cimiento: asió de la ocasion por el copete, aconsejando á su amo que comprando un vestidillo vil hiciese como entrar por peon de albañilería. Parecióle bien: púsolo en ejecucion, dejó su criado por guarda de su caballo y hacienda en la posada, para valerse de ello cuando se le ofreciese, y así se fué á la obra. Pidió ¿si habia en que trabajar para un forastero? Dijeron que sí. Bien es de creer que no se reparó de su parte en el concierto. Comenzó su oficio, procurando aventajarse á todos; y aunque con disgustos que tenia no habia cobrado entera salud, *sacaba* (como dicen) *fuerzas de flaqueza*, que *el corazon manda las carnes*. Era el primero que á la obra venia, siendo el postrero que la dejaba: cuando todos holgaban buscaba en que ocuparse; tanto, que siendo reprendido de sus compañeros (que hasta en las desventuras tiene lugar la envidia), respondia no poder estar ocioso. Don Luis, que notó su solicitud, parecióle servirse de él en ministerios de casa, en especial del jardin. Preguntóle ¿si de ello entendia? Dijo que un poco, mas que el deseo de acertarle á servir haria que con brevedad supiese mucho. Contentóse de su conversacion y talle, porque de cualquiera cosa le hallaba tan suficiente como solícito.

El albañil acabó sus reparos, y Ozmin quedó por jardinero, que hasta este dia nunca le habia sido posible ver á Daraxa. Quiso su buena fortuna le amaneciese el sol claro, sereno y favorable el cielo, y deshecho el nublado de sus desgracias, descubrió la nueva luz con que vió el alegre puerto de sus naufragios; y la primera tarde que ejercitó el nuevo oficio, vió que su esposa se venia sola paseando por una espaciosa calle, toda de arrayanes, mosquetas, jazmines y otras flores, cogiendo algunas de ellas, con que adornaba el cabello. Ya por el vestido la desconociera, si el original verdadero no concertara con el vivo traslado que en el alma tenia; y bien vió que tanta hermosura no podia dejar de ser la suya. Turbóse en verla, de hablarla, y tan vergonzoso como empachado: al tiempo que pasaba bajó la cabeza, labrando la tierra con un almocafre que en la mano tenia. Volvió á mirar Daraxa el nuevo jardinero, y por un lado del rostro (aquello que cómodamente pudo descubrir) se la representó á la imaginacion el lugar donde siempre la tenia, por la mucha semejanza de su esposo, de donde la vino una tan súbita tristeza, que dejándose caer en el suelo (arrimada al encañado del jardin) despidió un ansioso suspiro acompañado de infinitas lágrimas; y puesta la mano en la rosada mejilla, estuvo trayendo á la memoria muchas, que si en cualquiera de ellas perseverara, pudiera ser verdugo de su vida. Despidiólas de sí como pudo, con otro nuevo deseo de entretener el alma con la vista, engañándola con aquella parte que de Ozmin le representaba. Levantóse temblando todo el cuerpo, y el corazon alborotado, volviendo á contemplar de nuevo la imágen de su adoracion, que cuanto mas atentamente le miraba, mas vivamente las trasfor-

010273

maba en sí. Parecíale sueño, y viéndose despierta, temia ser fantasma: conociendo ser hombre, deseaba fuera el que amaba. Quedó perpleja y dudosa sin entender que fuese, porque la enfermedad le tenia flaco y falto de las colores que solia; mas en lo restante de facciones, compostura de su persona y sobresalto lo atestiguaba: el oficio, vestido y lugar la despedian y desengañaban. Pesábale del desengaño, porfiando en su deseo, sin poder abstenerse de cobrarle particular aficion por la representacion que hacia; y con la duda y ansias de saber quien fuese, le dijo: ¿Hermano, de dónde sois? Ozmin alzó la cabeza, viendo su regalada y dulce prenda, y añudada la lengua en la garganta, sin poder formar palabra, ni siendo poderoso á responderle con ella, lo hicieron los ojos regando la tierra con abundancia de agua que salia de ellos, cual si de dos represas alzaran las compuertas, con que los dos queridos amantes quedaron conocidos. Daraxa correspondió con la misma órden, vertiendo hilos de perlas por su rostro. Ya quisieran abrazarse, á lo menos decirse algunas dulces palabras y regalados amores, cuando entró por el jardin don Rodrigo, hijo mayor de don Luis, que, enamorado de Daraxa, siempre seguia sus pasos, procurando gozar las ocasiones de estarla contemplando; ellos por no darle á entender alguna cosa, Ozmin volvió á su labor, y Daraxa pasó adelante. Don Rodrigo conoció de su semblante triste y ojos encendidos novedad en su rostro; presumió si hubiera sido algun enojo, y preguntóselo á Ozmin, el cual, aunque no se habia bien vuelto á cobrar del pasado sentimiento, mas esforzándose por la necesidad que tenia de ello, le dijo: Señor, del modo que la viste, la vi cuando aquí llegó, sin que conmigo hablase palabra; y así no me lo dijo, ni sé cual sea su pasion, especialmente que siendo hoy el dia primero que en este lugar entré, ni á mí fuera lícito preguntarla, ni á su discrecion comunicármela. Con esto se fué de allí con intencion de saberlo de Daraxa, mas en cuanto en estas palabras se entretuvo, ella se subió á largo paso por un caracol á sus aposentos, y cerró tras de sí la puerta.

Algunas tardes y mañanas pasaban de estas los amantes, gozando en algunas ocasiones algunas flores y honestos frutos del árbol del amor, con que daban alivio á sus congojas, entreteniendo los verdaderos gustos, deseando aquel tiempo venturoso, que sin sombras ni embarazos pudieran gozarse. No mucho, ni con seguridad tuvieron este gusto, porque de la continuacion extraordinaria, y verlos estar juntos hablándose en algarabía, y ella excusarse para ello de la compañía de su amiga doña Elvira, ya dada pesadumbre á todos los de casa, y á don Rodrigo rabioso cuidado, que se abrasaba en celos, no de entender que el jardinero tratase cosa ilícita ni amores, mas ver que fuese digno de entretenerse con tanta franqueza en su dulce conversacion, lo cual no hacia con otro alguno tan desenvueltamente.

La murmuracion, como hija natural del odio y de la envidia, siempre anda procurando como manchar y oscurecer las vidas y virtudes ajenas: y así en la gente de condicion vil y baja, que es donde hace sus audiencias, es la salsa de mayor apetito, sin quien alguna vianda no tiene buen gusto ni está sazonada: es el ave de mas ligero vuelo, que mas presto se abalanza, y mas daño hace. No faltó quien pasó la palabra de mano en mano, unos poniendo, y otros componiendo sobre tanta familiaridad, hasta llegar á lo llano la ola, y á los oidos de don Luis el chisme, creyendo sacar de ello su acrecentamiento con honrosa privanza. Esto es lo que el mundo practica, y trata granjear á los mayores á costa ajena, con invenciones y mentiras cuando en las verdades no hay paño de que puedan sacar lo que desean. Oficio digno de aquellos á quien la propia virtud falta, y por sus obras ni persona merecen. Dióles don Luis oido atento á las bien compuestas y afeitadas palabras que le dijeron: era caballero prudente y sabio, no se las dejó estar paradas donde se las pusieron: pasólas á la imaginacion, dejando lugar desocupado para que cupiesen las del reo: abrió el oido, no lo consintió cerrado, aunque algo se escandalizó: muchas cosas pensaba, todas lejos de la cierta, y la que mas le turbó fué sospechar si su jardinero era Moro, que con cautela hubiera venido á robar á Daraxa: creyendo que así seria, cegóse luego; y lo que mal se considera, muchas veces, y las mas no ha salido bien la ejecucion por la puerta, cuando el arrepentimiento se entra dentro en casa. Con este pensamiento se resolvió á prenderle. Él sin resistirse, no mostrándose triste ni alterado, se consintió encerrar en una sala. Y dejándole con este seguro, fuése donde Daraxa estaba, que ya con el alboroto de los ministros y sirvientes lo sabia todo, y aun de dias antes lo habia barruntado. Mostróse á don Luis muy agraviada, formando quejas, cómo en la bondad y limpieza de su vida se hubiese puesto duda, dando puerta que con borron semejante cada uno pensase lo que quisiese y mejor se le antojase; pues para cualquier mala sospecha habian abierto senda. Estas y otras bien compuestas razones, con afecto de ánimo recitadas, hicieron á don Luis (con facilidad) arrepentirse de lo hecho. Quisiera (segun Daraxa lo deshizo) nunca haber tratado de tal cosa, indignándose contra sí mismo y contra los que le impusieron en ello. Mas por no mostrarse fácil, y que sin mucha consideracion se hubiese movido á cosa tan grave, disimulando su arrepentimiento, la dijo de esta manera: Bien creo, y de cierto conozco, hija Daraxa, la razon que tienes, y lo mal que (con término semejante) contra tí se ha procedido, sin haber primero examinado el ánimo de los testigos que han en tu ofensa depuesto. Conozco tu valor, el de tus padres y mayores de quien desciendes. Conozco que los méritos de tu persona sola tienen alcanzado de los reyes mis señores todo el amor que un solo y verdadero hijo puede

ganar de sus amorosos y tiernos padres, haciéndote pródigas y conocidas mercedes. Con esto debes conocer que te pusieron en mi casa para que fueses en ella servida con todo cuidado y diligencia en cuanto fuese tu voluntad, y que debo dar de tí la cuenta conforme á la confianza que de mí se hizo. Por lo cual, y por lo que mi deseo de tu servicio merece, has de corresponder como quien eres, con el buen trato que á mi lealtad y á lo mas referido se le debe. No puedo ni quiero pensar pueda en tí haber cosa que desdiga ni degenere. Mas ha engendrado un cuidado la familiaridad grande que con Ambrosio tienes (que este nombre se puso Ozmin cuando entró á servir de peon), acompañada de hablar en arábigo para desear todos entender lo que sea, ó cuál fué su principio, sin haberle antes tú ni yo visto ni conocido. Y esto satisfecho, á muchos quitarás la duda, y á mí un impertinente y prolijo desasosiego. Suplícote, por quien eres, nos absuelvas esta duda, creyendo de mí que en lo que fuere posible seré siempre contigo en cuanto se te ofrezca.

Curiosamente estuvo atenta Daraxa en lo que don Luis la decia para poderle responder, aunque su buen entendimiento ya se habia prevenido de razones para el descargo si algo se hubiera descubierto, mas en aquel breve término (dejándolas pensadas) la fué necesario valerse de otras mas á propósito á lo que fué preguntada, con que fácilmente (dejándole satisfecho) descuidase, cautelando lo venidero, para gozarse con su esposo segun solia, y dijo así: Señor y padre mio, que así te puedo llamar; señor por estar en tu poder, y padre por las obras que de tal me haces; mal correspondiera con lo que soy obligada, y á las continuas mercedes que recibo de sus altezas por tus manos, y con tus intercesiones en mi favor acrecientas, si no depositara en el archivo de tu discrecion mis mayores secretos, amparándolos con tu sombra, y gobernándome con tu cordura, y si con la misma verdad no dejara colmado tu deseo: que aunque traer á la memoria cosas que me es forzoso recitarte, ha de ser para mí gran pesadumbre, y aun de no pequeño martirio, con él te quiero pagar, y dejar deudor de mi sentimiento, y de lo que me mandas asegurado.

Ya, señor, habrás entendido quien soy, que te es notorio, y como mis desgracias ó buena suerte (que no puedo hasta encerrar el fruto, viendo el fin de tantos trabajos, condenar lo uno ni loar lo otro) me trajeron á tu casa, despues de haberse tratado de casarme con un caballero de los mejores de Granada, deudo muy cercano, y descendiente de los reyes de ella. Este mi esposo (si tal puedo llamarle) se crió, siendo como de seis ó siete años, con otro niño cristiano cautivo y de su misma edad, que para su servicio y entretenimiento le compraron sus padres. Andaban siempre juntos, jugaban juntos, juntos comian y dormian de ordinario por lo mucho que se amaban (ved si eran prendas de amistad las

que he referido), así lo amaba mi esposo, como si igual ó deudo suyo fuera: de él fiaba su persona, por ser muy valiente, era depósito de sus gustos, compañero de sus entretenimientos, erario de sus secretos, y en sustancia otro él: ambos en todo tan conformes, que la ley sola los diferenciaba, que por la mucha discrecion de ambos, nunca de ella se trataron por no deshermanarse. Merecíalo bien el cautivo (dije mal, mejor dijera hermano, y tal debiera llamarle) por su trato fiel, compuestas costumbres, y ahidalgado proceder, que si no conociéramos haber nacido de humildes padres labradores, que con él fueron cautivos en una pobre alquería, creyéramos por cierto descender de alguna noble sangre y generosa casa. Este (habiéndose tratado de mis bodas) era la estafeta de nuestros entretenimientos, que como tan fiel, en otra cosa no se ocupaba: traíame papeles y regalos, volviendo los retornos debidos á semejantes portes; pues como Baza fuese entregada, y él estuviese allí, fué puesto en libertad con los demás cautivos que dentro se hallaron. Mal sabré decir si el gozo de cobrarla fué tanto como el dolor de perdernos: de él podrás fácilmente saberlo, con lo mas que quisieres entender, porque es Ambrosio el que en tu servicio tienes, que para refrigerio de mis desdichas Dios fué servido que á él viniese. Sin pensar le perdí, y acaso le he vuelto á hallar: con él repaso los cursos de mis desgracias, despues que en ellas me gradué: con él alivio las esperanzas de mi enemiga suerte, y entretengo la penosa vida para engañar el cansancio del prolijo tiempo. Si este consuelo, por ser en mi favor, te ofende, haz á tu voluntad, que será la mia en cuanto la dispusieres. Don Luis quedó admirado y enternecido, tanto de la extrañeza como del caso lastimoso, segun el modo de proceder que en contarle tuvo, sin pausa, turbacion ó accidente, de donde pudiera presumirse que lo iba componiendo: además, que lo acreditó vertiendo de sus ojos algunas eficaces lágrimas, que pudieran ablandar las duras piedras y labrar finos diamantes. Con esto fué suelto de la prision Ambrosio sin preguntarle alguna cosa, por no hacer ofensa en ello á la informacion de Daraxa, solo poniéndole los brazos en el cuello, con alegre rostro, le dijo: Agora conozco, Ambrosio, que debes tener principio de alguna valerosa sangre, y si este faltara tú le dieras por tus virtudes y nobleza, que segun lo que de tí he sabido, en obligacion te estoy por ello para hacerte de hoy mas el tratamiento que mereces. Ozmin le dijo: En ello, señor, harás como quien eres, y el bien que recibiere podré preciarme siempre que de tu largueza y casa me ha procedido. Con esto se le permitió que volviese al jardin con la misma familiaridad que primero, y mas franca licencia: las veces que querian se hablaban, sin que alguno en ello ya se escandalizase.

En este intermedio siempre tuvieron los reyes cuidado de saber de la salud y estado de las cosas de Daraxa, de que les era dado

particular aviso, holgaban de saberlo, encomendándola mucho por sus cartas.

Pudo tanto este favor, que por el deseo de privanza, y méritos de la doncella, así don Rodrigo como los demás principales caballeros de aquella ciudad, deseaban fuese cristiana, pretendiéndola por mujer; mas como don Rodrigo la tuviese (como dicen) de las puertas adentro, era entre los demás opositores el de mejor accion al comun parecer. El caso era llano, y la sospecha verosímil; pues de su condicion, costumbres y trato ella tenia hecha experiencia, y las ostentaciones de esta calidad no suelen ser de poco momento, ni el escalon mas bajo haber uno hecho alarde público de sus virtudes y nobleza donde por ellas pretende ser conocido y aventajado; mas como los amantes tuviesen las almas trocadas, y ninguno poseyese la suya, tan firmes estaban en amarse, cuanto ajenos de ofenderse. Nunca Daraxa dió lugar con descompostura ni otra causa que alguno se le atreviese, aunque todos la adoraban: cada uno buscaba sus medios, y echaba sus redes, cercando con rodeos, mas ninguno tenia fundamento.

Visto por don Rodrigo cuan poco aprovechaban sus servicios, cuan en balde su trabajo, y el poco remedio que tenia; pues en tantos dias pasados de continua conversacion, estaba como el primero, vínole al pensamiento valerse de Ozmin, creyendo por su intercesion alcanzar algunos favores; y tomándolo por el mas acertado medio, estando una mañana en el jardin, le dijo: Bien sabrás, Ambrosio hermano, las obligaciones que tienes á tu ley, á tu rey, á tu natural, al pan que de mis padres comes, y al deseo que de tu aprovechamiento tenemos: entiendo, que como cristiano de la calidad que tus obras publican, has de corresponder á quien eres: vengo á tí con una necesidad que se me ofrece, de donde pende todo el acrecentamiento de mi honra, y el rescate de mi vida, que está en tu mano, si, tratando con Daraxa, entre las demás razones la dispusieres, con las buenas tuyas, á que dejada la secta falsa que sigue se quiera volver cristiana. Lo que de ello podrá resultar, bien te es notorio: á ella salvacion, servicio á Dios, á los reyes gusto, honra en tu patria, y á mí total remedio; porque pidiéndola por mujer, vendré á casar con ella; y no será poco el útil que sacarás de este viaje, que siéndote honroso, te será juntamente provechoso, y tanto, cuanto puede ponderar tu buen entendimiento; porque siendo de Dios galardonado por el alma que ganas, yo de mi parte gratificaré con muchas veras la vida que me dieres con la buena obra y amistad que por intercesion tuya recibiere: no dejes de favorecerme, pues tanto puedes; y donde tantas obligaciones fuerzan juntas, no es justo serte importuno. Y cuando ya tuvo acabada de hacer su exhortacion, Ozmin le respondió lo siguiente:

La misma razon con que has querido ligarme (señor don Rodrigo) te obligará que creas cuanto deseo que Daraxa siga mi ley, á que con muchas veras, infinitas y diversas veces la tengo persuadida. No es otro mi deseo sino el tuyo, y así haré la diligencia en causa propia, como en cosa que soy tan interesado; pero amando tan de corazon á su esposo y mi señor, tratar de volverla cristiana es doblarle la pasion sin otro fruto alguno, que aun en ella viven algunas esperanzas, que podria mudarse la fortuna dándose trazas como conseguir su deseo. Esto es lo que he sabido de ella, y siempre me ha dicho, y la he visto firme en ello. Mas para cumplir con lo que me mandas (no obstante que no ha de ser de fruto) la volveré á hablar y á tratar de ello, y te daré su respuesta. No mintió el Moro palabra en cuanto dijo, si hubiera sido entendido; mas con el descuido de cosa tan remota, creyó don Rodrigo, no lo que quiso decir, sino lo que formalmente dijo: y así (engañado) llevó alguna confianza, que quien de veras ama se engaña con desengaños.

Ozmin quedó tan triste de ver al descubierto la instancia que en su daño se hacia, que casi salia de juicio con el celo. De manera lo apretó, que de allí adelante no le pudo mas ver el rostro alegre, pareciéndole lo imposible posible. Luchaba consigo mismo, imaginando que el nuevo competidor (como poderoso en su tierra y casa) pudiera valerse de trazas y mañas con que impedirle su intento, siendo cual era tanta su solicitud: temíase no se la mudasen, que las muchas baterías aportillan los fuertes muros, y con secretas minas los postran y arruinan. Con este recelo discurria por el pensamiento á trágicos fines y funestos acaecimientos que se le representaban; mucho los temia, y algo los creia, como perfecto amador. Viendo Daraxa tantos dias tan triste á su querido esposo, deseaba con deseo saber la causa; mas ni él se la dijo, ni trató alguna cosa de lo que con don Rodrigo habia pasado. Ella no sabia qué hacer, ni como poderle alegrar, aunque con dulces palabras, dichas con regalada lengua, risueña boca, y firme corazon, exageradas con los hermosos ojos, que las enternecian con el agua que de ellos á ellas bajaban, así le dijo:

Senor de mi libertad, dios que adoro, y esposo que obedezco, ¿qué cosa puede ser de tanta fuerza, que estando viva y en vuestra presencia, en mi ofensa os atormente? ¿Podrá por ventura mi vida ser el precio de vuestra alegría, ó cómo la tendreis, para que con ella salga mi alma del infierno de vuestra tristeza en que está atormentada? Deshaga el alegre cielo de vuestro rostro las nieblas de mi corazon. Si con vos algo puedo, si el amor que os tengo algo merece, si los trabajos en que estoy á piedad os mueven, si no quereis que en vuestro secreto quede sepultada mi vida, suplícoos me digais, ¿qué os tiene triste? Aquí paró, que la ahogaba el llanto, haciendo en los dos un mismo efecto; pues no le pudo responder de otro modo que con ardientes y amorosas lágrimas, procurando cada uno con las

propias enjugar las ajenas, siendo todas unas, por estar impedida la lengua. Ozmin, con la opresion de los suspiros, temiendo si los diera ser sentido, tanto los resistió, volviéndolos al alma, que le dió un recio desmayo, como si quedara muerto. No sabia Daraxa qué hacerse, con qué volverle, ni cómo consolarle, ni pudo entender cuál pudiera ser ocasion de tanta mudanza en quien estaba siempre alegre. Ocupábase limpiándole el rostro, enjugándole los ojos, poniendo en ellos sus hermosas manos, despues de haber mojado un precioso lienzo que en ellas tenia, matizado de oro y plata, con otras varias colores, entretejidas en ellas aljófares y perlas de mucha estimacion. Tanto se trasformaba en esta pena, tan ocupada con sus sentidos todos estaba en remediarla, que si se descuidara un poco los hallara don Rodrigo poco menos que abrazados; porque Daraxa le tenia la cabeza reclinada en su rodilla, y él recatado en sus faldas, en cuanto en sí volvia, y habiendo ya cobrado mejoría, queriendo despedirse, entró por el jardin. Daraxa con la turbacion se apartó como pudo, dejándose en el suelo el curioso lienzo, que brevemente fué por su dueño puesto en cobro; y viendo que don Rodrigo se acercaba, ella se fué, y ellos quedaron solos. Preguntóle, ¿qué habia negociado? Respondióle: Lo que siempre; tan firme la hallo en el amor de su esposo, que no solo dejará de ser (como pretendes) cristiana, pero que si lo fuera, por él dejara de serlo, volviéndose mora: y á tal extremo llega su locura, el amor de su ley y de su esposo. Habléle tu negocio, y á tí porque lo intentas, y á mí porque lo trato, nos ha cobrado tal odio, que ha propuesto, si de ello mas le hablo, no verme, y á tí de verte venir se fué huyendo: así que, no te canses, ni en ello gastes tiempo, que será muy en vano. Entristecióse mucho don Rodrigo de tan resuelta respuesta, dada con tal aspereza. Sospechó que antes Ozmin era en su daño que de provecho: parecióle que á lo menos, cuando Daraxa la diera tan desabrida, él no debiera referirla con accion semejante, haciéndose casi dueño del negocio, y es imposible amor y consideracion: tanto uno se desbarata mas, cuanto mas ama. Representósele la muy estrecha amistad que se decia tener con su primer amo: parecióle que aun seria viva, y no de creer haberse resfriado las cenizas de aquel fuego. Con este pensamiento, reforzado de pasion, se determinó á echarle de casa, diciéndole á su padre cuan dañoso era permitir donde Daraxa estuviese, quien pudiera entretenerla con sus pasados amores, ni hablarla de ellos en especial, siendo la intencion de sus altezas volverla cristiana, y en cuanto Ambrosio allí estuviese, lo tenia por dificultoso. Hagamos (dijo), señor, el ensayo con apartarlos unos dias, en que veremos lo que resulta. No pareció mal á don Luis el consejo de su hijo; y luego, formando quejas de lo que no las pudo haber (que al poderoso no hay pedirle causa,

y suele el capitan con sus soldados hacer con dos ochos quince), lo despidió de su casa, mandándole que aun por la puerta no pasase. Cogióle de sobresalto; aun despedirse no pudo; y obedeciendo á su amo, fingiendo menor dolor del que sentia, sacó de allí el cuerpo, prenda que tuvo, porque el alma tenia dueño, en cuyo poder la dejó.

Viendo Daraxa tan súbita mudanza, creyó que la tristeza pasada hubiera nacido de la sospecha de aquel nuevo suceso, y que ya lo sabia. Con esto, juntándose un mal á otro, pesar á pesar, y dolor á dolores, careciendo de ver á su esposo, aunque la pobre señora disimulaba cuanto mas podia, era eso lo que mas la dañaba. Llore, gima, suspire, grite y hable el que se viere afligido, que cuando con ello no quite la carga de la pena, á lo menos la hace menor, y mengua el colmo. Tan falta de contento andaba, tan sin gusto, desabrida, cual se le conocia muy bien de su rostro y talle. No quiso el enamorado Moro mudar estado, que como antes andaba, tal se trató siempre, y en hábito de trabajador seguia su trabajada suerte: en él habia tenido la buena pasada, y esperaba otra con mejoría. Ocupábase ganando jornal en la parte que lo hallaban, yendo de esta manera, probando ventura, si entrando en unas y otras partes oyese ó supiese algo que le importase, que no por otro interés, pues podia con larga mano gastar por muchos dias de los dineros y joyas que sacó de su casa. Mas así por lo dicho, como por haberse dado á conocer en aquel vestido, teniendo franca licencia, y andar mas desconocido, sin que sus designios le pudieran ser desbaratados, perseveró en él por entonces. Los caballeros mancebos que servian á Daraxa, conociendo el favor que con ella Ozmin tenia, y que ya no servia en casa de don Luis, cada uno le codició para sí por sus fines, que presto en todos fueron públicos. Adelantóse don Alonso de Zúñiga, mayorazgo en aquella ciudad, caballero mancebo, galan y rico, fiado que la necesidad y su dinero, por medios de Ambrosio, le darian ganado el juego: mandóle llamar, concertóse con él, hízole ventajas conocidas, dióle regaladas palabras, comenzaron una manera de amistad (si entre señor y criado puede haberla, no obstante que en cuanto hombre es compatible; pero su propio nombre comunmente se llama privanza), con que pasados algunos lances, le vino á descubrir su deseo, prometiéndole grandes intereses, que todo fué volverle á manifestar las heridas, refrescando llagas, y hacerlas mayores; y si antes recelaba de uno, ya eran dos, y en poco espacio supo de muchos que el amo le descubrió, y los caminos por donde cada uno marchaba, y de quien se valia: díjole, que otros no queria, ni buscaba mas de su buena inteligencia, creyendo como tiene cierto seria sola su intercesion bastante á efectuarlo.

No sabré decir, ni se podrá encarecer lo que sintió verse hacer segunda vez alcahuete de su esposa, y cuanto le convenia pasar

por todo con discreta disimulacion. Respondióle con buenas palabras, temeroso no le sucediera lo que con don Rodrigo; y si con todos hubiera de arrojarse, mucho le quedaba por andar; todo lo perdiera, y de nada tuviera conocimiento. Paciencia y sufrimiento quieren las cosas para que pacíficamente se alcance el fin de ellas. Fuéle entreteniendo, aunque se abrasaba vivo: batallaba con varios pensamientos, y como por varias partes le daban guerra, y le tiraban garrochas, no sabia donde acudir, ni tras quien correr, ni para sus penas hallaba consuelo que lo fuese: la liebre una, los galgos muchos, y buenos corredores, favorecidos de halcones caseros, amigas, conocidas, banquetes, visitas, que suelen poner á las honras fuego, y en muchas casas que se tienen por muy honradas, entran muchas señoras, que al parecer lo son, á dejarlo de ser, debajo de título de visita, por las dificultades que en las propias tienen, y otras por engaño, que de todo hay, todo se platica, y para la gente principal y grave, no se descuidó el diablo de otras tales cobijaderas y cobijas. Todo lo temia, y mas á don Rodrigo, á quien él y los otros competidores tenian gran odio por su arrogancia falsa: cautelaba con ella para que los otros desistiesen, desmayados en creer seria el orígen de ella los favores de Daraxa. Hablábanle bien, queríanle mal; vertíanle almíbar por la boca, dejando en el corazon ponzoña; metíanlo en sus entrañas, deseando vérselas despedazadas; hacíanle rostro de risa, y era la que suele hacer el perro á las abispas, que tal es todo lo que hoy corre, y mas entre los mejores.

Volvamos á decir de Daraxa los tormentos que padecia, el cuidado con que andaba para saber de su esposo, dónde se fué, qué se hizo, si estaba en salud, con qué pasaba, si amaba en otra parte; y esto le daba mas cuidado, porque aunque las madres tambien lo tienen de sus hijos ausentes, hay diferencia, que ellas temen la vida del hijo, y la mujer al amor del marido, si hay otra que con caricias y fingidos halagos lo entretenga. Qué dias tan tristes aquellos, qué noches tan prolijas, qué tejer y destejer pensamientos, como la tela de Penélope[1] con el casto deseo de su amado Ulises. Mucho diré callando en este paso, que para pintar tristeza semejante, fuera poco el ardid que usó un pintor famoso en la muerte de una doncella, que despues de pintada muerta en su lugar, puso á la redonda sus padres, hermanos, deudos, amigos, conocidos y criados de la casa, en la parte, y

[1] Habiendo marchado Ulises, rey de Itaca, á la guerra de Troya, y como por prolongarse su ausencia se le creyese muerto, se presentó una multitud de pretendientes á la mano de Penélope, su esposa, que no sabiendo qué partido tomar, los entretuvo ofreciéndoles que se decidiria luego que concluyese una tela en que estaba trabajando, y que habia de servir para el funeral de su suegro Laertes: mas por la noche deshacia la labor que habia hecho de dia, y con este ardid fué dando largas á la impaciencia de sus amantes.

con el sentimiento que cada uno en su grado podia tocarle; mas cuando llegó á los padres, dejólos por acabar las caras, dando licencia que pintase cada uno en semejante dolor segun lo sintiese; porque no hay palabras ni pincel que llegue á manifestar amor ni dolor de padres, sino solas algunas obras que de los gentiles habemos leido: así lo habré de hacer. El pincel de mi ruda lengua será brochon grosero, y ha de formar borrones: cordura será dejar á discrecion del oyente, y del que la historia supiere, cómo suelen sentirse pasiones cual esta: cada uno lo considere, juzgando el corazon ajeno por el suyo. Andaba triste, que las muestras exteriores manifestaban las interiores. Viéndola don Luis en tal extremo de melancolía, y don Rodrigo su hijo, ambos por alegrarla, ordenaron unas fiestas de toros y juego de cañas, y por ser la ciudad tan acomodada para ello, brevemente tuvo efecto. Juntáronse las cuadrillas, de sedas y colores diferentes cada una, mostrando los cuadrilleros en ellas sus pasiones, cual desesperado, cual con esperanza, cual cautivo, cual amartelado, cual alegre, cual triste, cual celoso, cual enamorado; pero la paga de Daraxa igual á todos.

Luego que Ozmin supo la ordenada fiesta, y ser su amo en ella cuadrillero, parecióle ser esta la mejor ocasion, y no perder tiempo de ver su esposa, dando muestra de su valor, señalándose aquel dia; el cual, como fuese llegado al tiempo que se corrian los toros, entró en su caballo, ambos bien aderezados. Llevaba con un tafetan azul cubierto el rostro, y el caballo tapados los ojos con una banda negra. Fingió ser forastero: iba su criado delante con una gruesa lanza: dió á toda la plaza vuelta, viendo muchas cosas de admiracion que en ella estaban. Entre todo ello, así resplandecia la hermosura de Daraxa, como el dia contra la noche, y en su presencia todo era tinieblas. Púsose frontero de su ventana, donde luego que llegó, vió alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que á este punto soltaron. Era de Tarifa, grande, madrigado, y como un leon de bravo. Así como salió, dando dos ó tres ligeros brincos, se puso en medio de la plaza, haciéndose dueño de ella, con que á todos puso miedo. Encarábase á una y otra parte, de donde le tiraron algunas varas, y sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentia le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances y ninguno perdido. Ya no se le atrevian á poner delante, ni habia quien á pié le esperase aun de muy lejos: dejáronle solo, y nadie mas que el enamorado Ozmin y su criado parecian allí cerca. El toro volvió al caballero como un viento, y fuéle necesario, sin pereza, tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando el brazo derecho (que con el lienzo de Daraxa traia por el molledo atado), con graciosa destreza y galan aire le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo